

INTELIGIBILIDAD REFLEXIVA E INTELIGIBILIDAD ABSTRACTA

Miguel Espinoza
Université Toulouse-le-Mirail
France

RF ¿Es posible que la filosofía sea un estudio de la naturaleza rival del método científico y preferible a éste? Muchos filósofos han dado una respuesta afirmativa a esta pregunta; entre ellos, Hegel, Bergson y Ortega y Gasset. Podemos encontrar una exposición bien articulada de esta idea en el libro de Michel Ambacher *Método de la filosofía de la naturaleza* (P.U.F., París, 1961).

1. La inteligibilidad reflexiva y la inteligibilidad abstracta

La tesis de Michel Ambacher tiene el mérito doble de ser clara y de poner de manifiesto unas cuantas ideas favoritas de la mayoría de los filósofos, hijos víctimas del divorcio entre la filosofía y la ciencia. Su idea principal es la siguiente: Existen dos tipos de inteligibilidad, abstracta (IA) y reflexiva (IR). La IA es el resultado de las ciencias positivas que surge gracias a la imaginación matemática y a los experimentos. Ambacher está convencido de que se trata de una actividad que empobrece la realidad, de un método que la desfigura sistemáticamente; la IA es falsa. La IR, propia a la filosofía moderna y especialmente al pensamiento de Descartes, es profunda, difícil de obtener, lo que contrasta con la claridad científica, fácil y banal. Tan deformante como la ciencia es la filosofía positivista. Esa es la opinión de Ambacher.

2. Las etapas de la abstracción matemática

Según Ambacher, la abstracción matemática es un edificio de tres pisos. El primero es el esquematismo de la imaginación. Hay un proceso de abstracción en la aplicación de las matemáticas: se consideran solamente los aspectos matemáticos de los fenómenos, se consideran sólo algunas variables

organizadas en modelos mecánicos que hacen posible el cálculo y la previsión.

He aquí un ejemplo, dado por el mismo filósofo, de la manera en que la reflexión sorprende a la abstracción matemática en delito flagrante: Galileo escribe: "Imaginemos un móvil lanzado sobre un plano horizontal una vez que hayamos eliminado todos los obstáculos... El movimiento continuará indefinidamente uniforme sobre el plano si éste se extiende al infinito". Ambacher comenta que ni los movimientos uniformes indestructibles, ni las superficies perfectas, ni el plano que se prolonga al infinito son reales. El universo de Galileo y de sus herederos está poblado de formas puras. El científico ha tomado la costumbre de considerar, incluso de sustituir, las formas matemáticas al mundo real. Las cualidades ya no son las cualidades vividas sino los entes ideales susceptibles de un tratamiento mecánico. ¡Pobre René Thom! diría Ambacher; nunca debería haber tomado en serio las ideas de Arcey Thompson: la sugerencia que la forma de las hojas, de las conchas, de los peces, es la resultante mecánica de diversas fuerzas materiales que han logrado equilibrarse, no sería otra cosa que un sueño deformador de científico.

El segundo piso de la abstracción matemática es el simbolismo. Ambacher cree que después de la abstracción deformante viene la práctica viciosa de cubrir la naturaleza con un velo de símbolos. La abstracción primera, a menudo geométrica, está relativamente cerca de la realidad sensible. Las idealizaciones de Galileo se mezclan con conceptos más intuitivos; por ejemplo, móvil, plano, gravedad. Los dibujos geométricos, gracias a su carácter espacial, son más inteligibles que los algoritmos. Una vez que se introducen los símbolos (álgebra, análisis), se abandona completamente la experiencia vivida y se cae en un universo de ilusión. Los teoremas de Newton sobre las fuerzas, las leyes de los movimientos, son hipótesis mecanicistas. El análisis infinitesimal emplea ficciones. El espacio absoluto forma parte de una metafísica extraña. Pero considere la pregunta siguiente: ¿Fue la IR o la I que mostró que el espacio absoluto era ficticio?

El tercer piso de la abstracción matemática, el más cercano a nosotros en el tiempo, es, según Ambacher, el ordenamiento estadístico, la nueva forma de matematizar la naturaleza y el hombre. Lo real sigue las reglas de un juego y cada una de las etapas de la historia de la cosmogénesis se presenta como un azar. La teoría de las probabilidades es un mito matemático abstracto y para aplicarlo a la realidad, hay que deformarla. Sea el juego de cara o sello: la equiprobabilidad de las caras supone, entre otras cosas, que se han desatendido las particularidades de cada cara. Hay que idealizar la realidad para que sea accesible al cálculo. La realidad está compuesta de objetos particulares

cuyo destino individual escapa a las probabilidades. Se trata, una vez más, de la opinión de Ambacher.

3. *Del sujeto a la naturaleza*

Muchos filósofos dicen que la ciencia mezcla sistemáticamente lo real y lo imaginario y que, lo que es peor, no nos propone ningún criterio para separarlos. Hay que corregir este estado de cosas, nos dice Ambacher, con la ayuda de la IR. Los que sienten un malestar ante las pretensiones científicas no tienen necesidad de desesperarse, deben más bien "ensimismarse" como diría Ortega: es así como se obtiene la claridad reflexiva y transcendental, Tierra Prometida de los filósofos.

Descartes, Hegel, Husserl y Bergson habrían engendrado a nuestros contemporáneos deseosos de reconocer una frontera estricta entre la ciencia y la filosofía. Ambacher sostiene que Descartes ha mostrado definitivamente el camino de la verdad a los filósofos. El método seguro es la duda que muestra que la *res cogitans* existe de manera más evidente que el cuerpo y que los objetos exteriores. La reflexión nos descubre el *cogito* como presencia irremplazable ante la naturaleza y la naturaleza como una presencia irremplazable ante el yo. Es lo que Husserl ha vuelto a descubrir con la *epoché* y la intencionalidad. La claridad del *cogito*, su existencia, son lógicamente anteriores a las de la naturaleza. Los científicos y los filósofos materialistas han volcado esta situación: obsesionados con el éxito de la ciencia, dice Ambacher, han traicionado a Descartes; hoy es la naturaleza mecanicista que quiere asimilarse el *cogito* y se rechaza la metafísica que era la raíz de la ciencia.

Ambacher nos invita a celebrar la valentía de Hegel quien, de todos los filósofos, ha manifestado lo más claramente posible su intención de librar la filosofía de la usurpación del método científico derivada de los trabajos de Galileo y de Newton. Hegel mira la IA con indiferencia y desprecio: compara las estrellas con la erupción de granos y trata con ironía la curiosidad enfermiza de los hombres de laboratorio para quienes el descubrimiento de un nuevo gusano, de un insecto, pasa por ser una gran fortuna. ¡Qué contraste con Pascal, e incluso con Kant! Hyppolite nos explica la razón del desprecio: lo que sucede es que para Hegel la finalidad de la filosofía no coincide con la de la ciencia sino con la de la historia y de la religión.

Ambacher nos previene que hay que retener de Hegel su crítica de la IA, no su palabrería fastidiosa. Me pregunto si Hegel tuvo alternativa. Algunos ejemplos de la prosa de Hegel: Los dos polos de un imán forman una imagen concreta de la oposición conceptual; la ingravidez es la declaración de la

contradicción de la materia; la luz, la estrella y el sol son respectivamente la expresión de la identidad universal, de la individualidad y del momento de una totalidad.

4. *Hacia la Tierra Prometida (que nunca se encuentra)*

El camino más confiable hacia la Tierra Prometida de los filósofos es, según Ambacher, la filosofía trascendental, por ejemplo, la de Husserl. El fenomenólogo habría captado bien la intención de Descartes. La *epoché*, comparable a la duda cartesiana, es capaz de quitar al pensamiento el polvo de la historia de las ideas. Hay que poner entre paréntesis las ideas recibidas, las teorías, ver y describir los fenómenos sin prejuicios. Hay que mirar las cosas como si se las viera por primera vez. No hay que intentar explicar. Nada de raro que los mejores fenomenólogos sean más bien algunos artistas, no algunos científicos. Merleau-Ponty dice que la mirada del artista puede mostrarnos las cosas de manera más objetiva que la del científico porque la primera es desinteresada.

Sobre la posibilidad de la fenomenología, propongo el comentario siguiente: es, ante todo, un método. Según Herbert Spiegelberg (*El movimiento fenomenológico*, Martinus Nijhoff, La Haya, 1969), el método tiene siete etapas: 1) estudio de fenómenos individuales, 2) estudio de las esencias generales, 3) aprehensión de las relaciones esenciales entre las esencias, 4) observación de los modos de aparición de los fenómenos, 5) observación de la constitución de los fenómenos en la conciencia, 6) suspensión de la creencia en la existencia de los fenómenos, y 7) interpretación de la significación de los fenómenos. Se puede mostrar que todas estas instrucciones son aceptadas en la investigación científica con un grado de entusiasmo diferente hacia cada una de ellas. Pero todo eso no es suficiente. Hay que elaborar teorías e hipótesis sin lo cual la investigación no puede siquiera comenzar. Einstein: es la teoría la que decide lo que es observable. Al comienzo de una investigación hay varias decisiones que tomar: tema, qué será considerado como dato, etc. Estas decisiones se toman con la ayuda de ideas, i.e., teorías e hipótesis más o menos explícitas. Mientras más explícitas están, mejor: así se pueden discutir y evitar el dogmatismo. Las consecuencias de esta observación son nefastas para la fenomenología y para las esperanzas de Ambacher.

En cuanto a Bergson, tendría razón, como Hegel, de criticar el método de las ciencias y se habría acercado a la claridad reflexiva. Habría intentado penetrar en la intimidad de los seres. Intuición significa, para Bergson, conciencia inmediata, visión que se distingue apenas del objeto visto, conocimiento que es contacto e incluso coincidencia. Tampoco habría llegado a la Tierra Prometida.

5. De la interpretación positivista a la interpretación realista de la ciencia

El malestar acerca de la ciencia es comprensible, aunque no justificable, una vez que uno se da cuenta de que las críticas tienen, como una de sus premisas, la interpretación positivista de la ciencia. De acuerdo al positivismo, la realidad es ininteligible, el científico no puede salir de sí mismo para hablar de la realidad en sí y la ciencia es un modo de hablar, un lenguaje arbitrario —de ahí la idea que el filósofo puede hablar de otra manera. Pero la interpretación realista de la ciencia desarma esa actitud: la realidad es inteligible y la actividad científica es la manera de actualizar la inteligibilidad en potencia de la naturaleza; las matemáticas no son un lenguaje sino un conjunto de ideas destinadas a comprender una realidad que tiene estructuras análogas a las suyas. La ciencia, así concebida, es una actividad interesante. Ambacher, Ortega y varios otros, han sido víctimas inconscientes del mismo positivismo que ellos han criticado resueltamente. Constato que a menudo los simpatizantes de la fenomenología no han conseguido aplicarse a sí mismos la *epoché*.

¿Por qué Ambacher y *alii*, conscientes del progreso de la ciencia, no han querido hacer lo que convenía, es decir, utilizar sus métodos, tratar de definir sus límites, mejorarlos? ¿La historia de la ciencia no cuenta acaso el crecimiento de la inteligibilidad? El error de la IR es de querer establecerse en oposición a la IA. Si se la presentara como una adición, sería plausible, pero en ningún caso se puede negar que la reflexión forme una parte esencial de la ciencia. ¿Por qué creer que existe una disciplina especializada en la profundidad?, escribe Jean Largeault. La ciencia puede serlo, y cuando lo es, la filosofía no tiene nada que agregar.

Hay manuales donde la ciencia aparece como un conjunto de recetas; es como mirar las fotografías de la danza: la actividad y el producto no son idénticos. Pero hay otros textos, como el curso de Física de Feynman, donde se puede constatar que la ciencia está llena de filosofía.

6. Conocer no es vivir

Los límites y los peligros de la intuición y de la introspección son bien conocidos. Se ha llamado menos la atención sobre el hecho de que el lenguaje natural, modo de expresión privilegiado de los filósofos, es a menudo tan poco natural como las matemáticas; tiene además sus propios criterios de inteligibilidad que deben ser completados o corregidos con la ayuda de los otros sistemas de símbolos. Trate de expresar en lenguaje corriente las fórmulas de Maxwell sobre el electromagnetismo. La distinción sujeto /

predicado no tiene un fundamento más real que el de los infinitesimales. Hay, por otra parte, otros medios de expresión, menos articulados que el lenguaje corriente, como la música y la pintura, y estos modos son a veces mejores que los otros para describir algunos fenómenos. Pienso, por ejemplo, en el elogio que Kierkegaard ha hecho de Mozart y en los comentarios de Merleau-Ponty sobre Cézanne.

La objeción que la ciencia natural, con la ayuda de las matemáticas, deforman la realidad porque abstraen de ella lo necesario para acomodarla al esquema mecanicista, no tiene otro interés que emotivo. La experiencia de la imposibilidad de aprehender lo inmediato debe ser seguida de un suspiro, no de una filosofía. Es a lo mejor una observación de este tipo que hizo decir a Einstein en su diálogo con Carnap, que él ahora no podía formar parte de la ciencia.

Es típico que las personas que distinguen nítidamente la ciencia de la filosofía no tomen en serio los procesos de verificación y de refutación. Incluso si la ciencia es un mito, es un mito con resultados. ¿Qué ha producido la IR? Esta diferencia es importante desde el punto de vista del conocimiento: ¿Por qué la ciencia nos propone resultados? Porque el científico se las arregla para obtener una respuesta a las preguntas que hace la naturaleza: se palpa la realidad. Los epistemólogos contemporáneos saben que la grandeza de las ciencias naturales (inexistente en las ciencias sociales) se debe ante todo al hecho de que se ha conseguido una colaboración estrecha de la especulación, del cálculo y de la experimentación, colaboración en la que cada una ha salido enriquecida. Hay especulación en la filosofía, pero los otros componentes de la ciencia están ausentes. Los tres componentes están presentes en las ciencias sociales donde abunda la experimentación y los modelos matemáticos, pero no consiguen formar un todo unificado. Los científicos escriben para ser entendidos. Es verdad que muchas hipótesis son metáforas atrevidas, pero tienen un valor cognoscitivo en la medida en que de ellas se pueden derivar enunciados unívocos que son teórica o empíricamente pertinentes.

La conclusión que se impone es que la distinción IA / IR no existe. Son, en el mejor de los casos, dos momentos en la misma actividad de entender. Todo conocimiento supone una distancia. El lenguaje nos separa de las cosas; sin él, seríamos animales cuya atención es requerida por el menor ruido. Para comprender hay que separarse de la naturaleza y de nuestro espíritu que forma parte de ella. La finalidad de la ciencia y de la filosofía tendría que ser la misma, conocer el universo. La separación es nefasta. Mire alrededor.